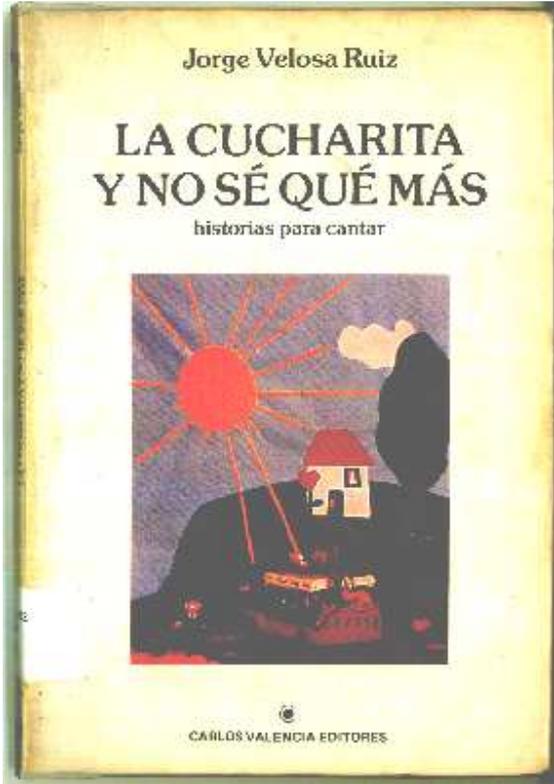


A jiestas jue que vinimos,
A cantar y parrandiar,
A gozar en esta vida
Porq' en l'otra no hay lugar.
Canta popular



LA CUCHARITA Y NO SÉ QUÉ MÁS
Historias para Cantar

JORGE VELOSA RUÍZ

.....

CARLOS VALENCIA EDITORES/BOGOTA
1983

.....

Para todos los protagonistas,
sin los cuáles estas historias serían pura paja.

.....

CONTENIDO

Prólogo
La desiadita
La Pirinola
El Saceño
La chanchirrienta
La chucula está fría
El caramelito rojo
El parlante de mi pueblo
La Rosa mentirosa
El amor es una vaina
El tinterillo
La raquireña
Soldadito de la patria
¿Bailamos, señorita?
Volvió la venezolana
Silvita, la condenada
La cucharita
La coscojina
La guitarra puntera
La Florecita
Rosita, la de las cartas
Julia, Julia, Julia
La China que yo tenía
El carranguero

PRÓLOGO

Estará tan bueno mi libro que no topé un cristiano dispuesto a prologarlo. Por eso y para que el pobre no apareciera como un invitado de gorra, aquí me tienen, metido en el paseo desde el primer chirrionazo y con la gana de hacer la mejor carreta que a raquireño alguno se le haya ocurrido jamás de los jamases. Ya le tengo prometidas a la Virgen de Chinavita su buena pareja de salves, con tal que me saque bien librado de este asunto y que de paso no me vaya a quedar como motilada de aprendiz, porque ahí sí, me lleva el que me trajo.

Si supiera que solamente mi familia y algunos amigos van a correr el riesgo de vacunarse con este libraco, no me pondría en tantas vainas. Dos sorbos de caldo y mano a la presa. Pero seguro que aunque sea un fabricante de pólvora va a echarle su vistazo antes de dejarlo convertido en el forro de cualquier buscaniguas. De ahí que, por si las moscas y como en el billar, hay que alargar el chico y dejar la última a tres bandas.

Prólogo es una palabra como tan esdrújula que más parece grave. Quiero decir que es una de esas palabras que con sólo oírlas inspiran demasiado respeto y eso dificulta un poco el oficio de prologar. Hay otras, en cambio, que son más informales y eso hace que uno se pueda relacionar prontamente con ellas. Por eso me gustaría hablar más de puntal, que es como en mi tierra llaman el boca que entretiene la muela mientras llega la hora del bitute. A lo mejor eso es un prólogo, pero ya me imagino a mis paisanos diciendo: "Hagámole a un prologuito con ají" --y me suena tan raro que lo prefiero todo

como estaba antes de comenzar con este párrafo, Lo cierto sí es que el oficio no es tan mamey como parece, y medirmele a otro, ni loco que estuviera (así decía una prima y ahora anda más criada que una coneja). Dejando la tiradera, empiezo a maliciar que ya es hora de fajarme la última a tres bandas: quién soy, qué es esto y por-qué lo hice.

Va la primera: ¿Quién soy?

Esa sí que está difícil, porque también hace sus años que me lo vengo preguntando y para qué les complico la vida. Aguántense con saber que me llamo Jorge Veloza Ruiz, que nací en Ráquira (Boyacá) en el año 1949 d. C. (después de Carlitos, un hermano que se murió) y que fui alumbrado en una pieza llamada de La Chapa (por si alguno quiere saber el porqué: toda llave que cae en mi poder se la traga la tierra. El maleficio de las llaves, espero me lo cuente mi taita alguna vez).

Va la segunda: ¿Qué es esto?

Sencillamente el deseo de contarles la vida de un poco de canciones, que antes de haberlo sido, no fueron más que cosas cotidianas, tal vez de las más simples. Y que una vez compuestas y arregladas se metieron en muchos corazones gracias a las andanzas del conjunto Los Carrangueros de Ráquira y sus grabaciones disco-gráficas conocidas como: *Los Carrangueros*, *Viva quien toca* y *Así es la vida*, en las cuales se encuentran todas y cada una de ellas. Estando sobre el humo es bueno advertir que algunas palabras y expresiones aparentemente raras, se han asentado sin explicación alguna, por dejar las cosas de su tamaño, como se hablan por ahí, en cualquier parte.

Y va la tercera: ¿Por qué lo hice?

Preferí ponerme en algo y no haberme quedado echando cháchara, porque también a mí, en estos y otros tiempos, por todos los sentidos y costados, insisten en cambiarme las rimas y soncitos de mi crianza por otros que conmigo nada tienen que ver fuera de adueñarse de mi alma. Es por eso que hago esta y otras cositas para sentir que vivo y, mientras tanto, con un poco de mí correspondo a la vida.

LA DESIADITA

Me crie con tres nifiitos que un domingo abandonaron sus frailejonales en el páramo de Firita y vinieron a parar en la casa de mis taifas por obra y gracia de las naranjas y la caña dulce.

Recién que llegaron, no faltó uno que les pusiera el sobrenombre de "Los Inmortales", y así se quedaron. Nunca se quejaban de nada; eran como seres especiales a los que ni la gripa se artería a tocar, o si por ahí aso-maba, la espantaban a punta de guarapo con limón.

No era su buena salud lo que más llamaba la atención, sino la forma y estilo de joderles la vida a quien por desgracia les cayera entre ojos o simplemente se la dedicaran por lo que fuera. El hablado, la forma de caminar o de comer, los amores, el vestido, la manera de coger el azadón, los defectos, las virtudes, en fin, cualquier detallito, era lado para que de allí se cogieran hasta desesperar, aburrir y liquidar al paciente. "Esos son unas rayas", decía Pedro Mancipe, una de sus víctimas favoritas.

Obreros, visitas, guisanderas, escuelantes, perros, gatos, todo el mundo les tenía culillo y preferían cualquier otra desgracia a tener que vérselas con las chanzas, apodos, sátiras, remedos, burlas y demás venenos de Los Inmortales. El único remedio era salirles adelante, y ese lujo se lo podían dar muy pocos, entre ellos su tío Anselmo y Floro Vargas, quienes no solamente los paraban en la mula sino que además les enseñaban. Uno de los desgraciados que pagó el pato con las joyitas, fue un señor de nombre Francisco Torres, a quien ellos, de una, lo fueron llamando "Pacho Guate" Pero hubiera

sido el apodo, vaya y venga: también se lo gozaban remedándolo, por aquello de que el viejito hablaba a media lengua, y le acomodaron que se lo pedía a todas las muchachas valiéndose de una palabrita especial, algo así como mágica y muy usada en la región para estos fines: la desiadita.

De modo que más se demoraban en verlo que en decirle a media lengua, exagerando el hablado del se-flor: "Don Pachito, una desiadita, una desiadita, sí, sí, sí, sí, sííí"

Por interés personal, ya que para mis menesteres no disponía de otra más pulida que el polvito, acogí la palabrita como caída del cielo y empecé a ensayarla. No fue mucho lo que conseguí, pero sí la idea de hacer una canción con ella, porque me pareció muy limpiecita, noble y también como mágica. La historia es simplemente una aventura común y corriente en los montes de mi tierra, de la que me apersoné por no echarle el pato a otro, para evitarme de pronto una puñalada. Casos se han visto, dijo el doctor Pablo Henao.

Un día la esperé en los robles
arrib'e la quebradita;
por cierto que en ese día
le pedí una desiadita.

No dijo ni sí ni no
pero se hizo más cerquita
como diciéndose: "Al fin
me pidió una desiadita".

Me agarraron unos nervios,
que yo no hallaba qué hacer:
si quedarme allá en los robles
o largarme y no volver.

Pero pudo más la gana
que el temor y el desespero,
pero algo no salía bien,
pero, pero, pero, pero.

Un año ya había pasao
y nada que me atrevía;
vainas que le dan a uno
cuando es chino todavía.

Y cuando la cosa estaba
ya casi que se prendía,
en esas llegó su falta
y'a patas pu'el monte arriba.

LA PIRINOLA

En el campo, a todo animal que va siendo de la casa se le pone un nombre que depende de cualquier detalle: el color, un defecto, el tamaño, la procedencia, hazañas, desventuras, capacidades, mañas, caminado, y así, hasta el simple antojo de la gente por una palabrita que exprese amor, belleza, peligro, nobleza, sátira, crítica y quién sabe qué

más.

Para ilustrar un poco el asunto, voy a referir algunos ejemplos de mi casa y su porqué:

Nunú: Fue un toche que nos vendió una señora Cuncia del lado de La Candelaria. Mi hermana menor estaba comenzando a soltar la lengua y le dio por llamarlo así, y así se quedó. Curioso, después completamos la parejita, y al que llegó primero - siendo igualíticos - ella le decía Nunú Mayol y al otro Nunú Menol, y nunca se equivocaba. Tampoco el gato que se los vino a tragar.

La Maravilla: La mejor mula que hubo en Ráquira allá por los años cincuentas. Era de mi abuelo Leoncio, y mi padre se la compró. Su único defecto consistía en no dejarse apañar sino después de haberle dado como cien vueltas al potrero.

El Lucero: Un caballo castaño que hacía de todo. Hasta para arar se le utilizó algunas veces. Como defectos tenía el ser pajarero y costaliar a todos sus jinetes. Mi padre lo puso así, por tener una mancha blanca en la frente.

El Cóndor: Este era un torazo que no tenía quién le pusiera la pata cuando se le yuntaba. En sus ratos libres hacía de reproductor. Cuando había una vaca en calor, se volaba por cualquier parte hasta llegar a ella, y de ahí su nombre.

Minuto: Fue un perrito lanetas, chiquirritico y maestro en la cacería del conejo. Murió de viejo y casito sin dejar raza, porque cualquier perra le quedaba grande. Dicen en la casa que por eso vivió tanto. También le acomodaron que tenía de novia una coneja en la loma de La Esperanza.

Sacudilas: Otro perro que nos regalaron en Bogotá, con un nombre jodidísimo de pronunciar, y entonces no faltó uno que lo bautizara de ese modo. También enten-día por Cachas Jlojas.

Y así con el Mararay, el Jardín, Mariscal, Ney, Cocaína, Burocracia, Carapacho, Puñaladas, La Guayaba, L'Espaletada, La Brincos, La Fortuna, La Tres Tetas, La Chácara, La Peña, etc., hasta llegar a La Pirinola, motivo de esta canción y cuya historia es como sigue:

Mis taitas, por boca de mis abuelos, que iban mucho a rezar a La Candelaria, se enteraron de que allí los padres agustinos tenían un ganado muy bueno y que de pronto iban a vender unas vacas, no se sabía por qué (finalmente se supo que por viejas). Mi padre, que no es pendejo, y azuzado por mi madre, fue a ver si le vendían una, no importando lo vieja, siempre y cuando estuviera preñada, para hacerse a la raza del ganado. A lo mejor pagó una misa y hasta se confesaría, con tal que le vendieran la vaca, a la que le faltaban como dos meses para soltar la cría, y con ella se apareció en la casa un lunes a eso del mediodía.

Por fin llegó la hora del parto. Se le había notado una tripazaza que a todos ponía contentos pero también pensativos, por aquello de si la vaca podría arrojar el becerro. Vino el momento, y una vez más mi mamá salvó el presupuesto familiar porque, para completar, el animalito venía como atravesado; pero ella se dio sus mañas de acomodarlo ya cuando todo se daba por perdido, y ¡suaz!, salió semejante ternerazo, y que rápido a la boca y la nariz para quitarle las telas, que a soplarlo pa' que respire, que un costal pa' limpiarlo, que ayuden a parar la vaca pa' que lo lamba, que no le dejen tragar las pares a la vaca porque se asolea, que espanten los perros porque son capaces de tragárselo, y así un buen rato. Más contenta se puso mi mamá cuando, ya pasada la algarabía, se dio

cuenta de que la cría era una ternetira. Mi papá también, pero a él no se le notan mucho las alegrías, aunque tampoco las tristezas.

Ya al otro día, la ternera estaba de mucho juego y muchos brincos y carreras para un lado y para el otro, lo que le dio lado a mi vieja para llamarla como se quedó: "La Pirinola". La crío con mucho esmero: cuando el ordeño, le dejaba su teta para ella sola. Así que pronto se hizo novilla, y luego que en calor, y que el toro, y ya tenemos a La Pirinola parida y con la ubre como un tonel, y eso que de primera cría. Dice la patrona que daba lo que daban cuatro o cinco de las otras engarrotadas, y de encime tetiblandítica.

Pero ahora viene lo malo de La Pirinola. Desde que destetó no respetaba cerca; se pasaba al daño por las maromas, los cimientos, las quebradas, por todo lado, y esa mañita la vino a matar, pronóstico que había hecho mi taita desde cuando vio que la pasadera se le había convertido en maña. Tal vez por eso, cuando llegó Sebastián con la noticia de que la vaca había parado las patas en la quebrada, él apenas dijo:

- ¡ Quítenle el cuero y entierren el carramán!

A mi mamá, en cambio, la noticia le cayó como siempre le caen todas las noticias malas, y aún llora y extraña a su vaca pero también, como siempre, se so-brepuso al golpe y sigue ahí, al pie de todo, dándole vida y movimiento a cuanto sus manos y su alma tocan.

Las exclamaciones del final, son los comentarios lamentables que más de uno de los de mi casa hicieron del suceso.

De las vacas que mi máma
se dio la maña de criar,
tal vez fue La Pirinola
la mejor para ordeñar.

Tángo, que recién parida
una poradota daba,
casi sus veinte botellas
en la tutuma mediana.

*Lástima 'e La Pirinola,
la mejor vaca'e mi máma,
con lo tan güena lechera
y vino a parar 'horcada.*

Cuando endespúes de la escuela
me tocaba ir 'apartar
echaba mi maiz tostao
pa' con leche acomodar.

Y como La Pirinola
era mansitirritica,
yo me le hacía por debajo
l'echaba su escurridita.

Lástima 'e la Pirinola...

Y así como era de güena
pa' dar leche a tutumadas,
también así era'e dañina,

de mañosa y de jregada.

Mi taita le hacía de todo,
hasta la cachimaniaba,
pero a esa vaca serpiente
con nada se le atajaba.

Lástima 'e la Pirinola...

Mi taita sí lo decía,
lo repetía a cada nada,
que lo qu'era esa verrionda
ib'a terminar 'horcada.

Y asijue que una mañana
la vaca no amaneció:
tal como dijo mi taita,
La Pirinola se 'horcó.

Lástima 'e la Pirinola...

¡Ahh contrumanidá'e La Pirinola, por Cristo Santísimo! ¡Dizque carranguiase así no más!
¡Semejante vaconón tan hijuemaisa, barcinita y tetona la porquería! ¿Y luego qué diablos
taba buscando p'uallá? ¡Ni que no tuviera pasto en el peladero! Y antes dizque entri'un
vallao horquetiada y con la jeta y todo pa'rriba. ¡Ahh, jijuna vaca, ay Cristo Rey, qué
desgracia tan desgraciada! ¡Eso ni que uno juera, hijo de dos compadres pa' ser tan
demalas, verdá pa' mi Dios! Y'ora pa' conseguir otra igual, y a como tán de baratas las
jijunas vacas; eso ni pagándolas a como pidan. ¡Ay, pirinolita!, ¡iqué diablos tabas
buscando p'uallá entre 'se vallao! Y luego dizque conjundir el agua con el pasto...ay...

EL SACEÑO

Combinaba, hace algunos años, mi cargo de jefe de extensión cultural de la Universidad de Tunja con el oficio de marranero; o más exactamente y para evitar malas interpretaciones, con la delicadísima actividad de negociar en cerdos. A lo primero llegué no sé por qué, en cambio a lo segundo también. Eso era lo único que tenían en común mis dos oficios. Aunque, pensándolo bien, en el primero a ratos igualmente me tocaba lidiar con algunos, por ahí.

El noble arte de marranear lo fui aprendiendo poquito a poco, de plaza en plaza, con los saceños, maestros en comprar y vender lo que se les atraviesa y de "atravesar", si se deja, al que con ellos se mida.

De mis lecciones, lo más jodido no fue llegar a manejar un marrano con un solo dedo (hasta con una mirada eran capaces), ni el regateo, ni la plata al seno del paciente; tampoco la oferta "a raíz de oreja" para evitar el chisme, ni el "libre de piso", o el "usté paga los tronches" y diez mil triquiñuelas más, sino la sartalada de juramentos, embustes, exclamaciones, vituperios, difamaciones, descréditos, exageraciones, alabanzas que, religiosamente y según el cliente, se deberían echar en todo negocio. Más de una vez los vi llorar (y después a la contraparte también) con tal de ganarse unos pesos de ñapa. Y estoy refiriéndome a los que negocian a lo decente, porque nos libre Satanás de caer en las ponzoñas de alguno que haya perdido la vergüenza. Por los lados de mi tierra y buena

cantidad de municipios alrededor, decir saceño es lo mismo que decir negociante.

Mucha gente no sabe, como yo no sabía hasta tratarme con ellos, que en Chiquinquirá hay una vereda Llamada Saza, en la que sus habitantes, por tradición, que ya data de siglos, viven de la compra y reventa de cueros, lana y animales principalmente. Sus centros de operaciones son los mercados de los pueblos. Es llegar uno tempranito y ahí están, inconfundibles con su rejo, bordón, ruana y sombrero, pendientes con los cinco sentidos de cualquier oportunidad para hacerse al centavo.

Un domingo, ya siendo yo carranguero, viajaba en mi camioncito de Ráquira a Bogotá vía Chiquinquirá (yo, como mi tocayo el de Capellanía, también tenía un camión) y en un punto llamado Tres Esquinas, antes de Villa Maruja y mucho antes de la Vuelta del Amor, Los Arrayanes, la Loma del Toldo y otros parajes, en ese punto, me hizo la parada un hombre que resultó ser uno de mis maestros, un Ortegón, a quien el bus de tres había dejado por andar echando agría. Entre cambios, rnetidas de "clos" y recalentadas, me fue contando su vida. De ahí nació la idea.

La canción vine a sacarla en Ráquira, aprovechando los días de cama que un "tifo" me formuló y del que mi mamá me resucitó a punta de penca suasada, caldo de papa y pasticas de consentimiento.

Con el rejo por el brazo
ruana, bordón y sombrero,
si algo vende se lo compro
y si compra se lo vendo.

*Saceño y desde pequeño,
pongo en el ojo toda mi fe
y el ojo me da la vida, me dio
hasta el rancho y también mujer.*

Me criaron de plaza en plaza
y crecí por los caminos
arriando el lote que juera
y acompaña'o'e mi silbo.

Pa' jurar no hay el segundo,
o si no que salga a ver
sí, como yo, puede hacerlo
con boca, manos y pies.

Saceño y desde pequeño...

Mi palabra es compromiso
y un tronche nunca rebajo,
agüeros que van con uno,
enseñanzas 'del trabajo.

Gane o pierda voy p'elante;
claro qu'es mejor ganar,
pero si pierdo me aguanto
y me vuelvo a levantar.

Saceño y desde pequeño...

LA CHANCHIRIENTA

Tanainas, truje, aguaitar, jronadio, atalayando, contrumanidá, quitabas, chícharos, la natura, jedentina, guandiolo, jícara, juraco, ventoso, malezón, las vistas, chanchiros y quién sabe cuántas más, son palabritas que todavía se le oyen a mi gente.

Chanchiro es cualquier pieza de vestir vuelta pedazos por el uso y el trabajo. Desde pequeño he visto que algunas, personas de la pobrería alcanzan a tener sus dos muditas de ropa, o sea los chanchiros y "la de bajar al pueblo", pero también he visto a muchos tan sólo con la primera, generalmente hecha un solo remiendo. Y debe de ser desde hace mucho tiempo, porque a mi abuela Adelaida, mamá de mi mamá, que vivió más de un siglo, le oía decir por ahí eso de "qué baremos, mi bien, qué baremos, tan chanchirientos que tamos" Nunca supe si era que no se sabía el resto o que se le olvidaba, pero me lo juí encontrando poco a poco en boca de otras gentes, en algunos libracos y a lo mejor fue hasta un romance al que no le he podido seguir la pisada.

De todos modos, viendo que las coplitas encontradas a partir del dicho de mi abuela, daban idea de algo como una historia, yo le acomodé otras para completarla, y Javier Moreno la música. De ahí salió esta canción, *La Chanchirienta*, que para algunos puede ser un torbellino y para otros una guabina, pero guabina o torbellino, es de todos modos un canto a la pobrería.

Por los laos de mi tierra
me quis'una chanchirienta,
pero yo salí corriendo,
pues no me salía la cuenta.

Me quis'una chanchirienta
con tal de que la vistiera;
qué l'iba a vestir estando
tan chanchiriento como ella.

Cogí por la calle real
enamorando muchachas
y detrás la chanchirienta
enredad'e mis iilachas.

Cogí por la calle arriba
a mercame una empanada
y detrás la chanchirienta
que le diera una mascada.

Luego luego entré a una tienda
a jartame un guarapito
y detrás la chanchirienta,
que le dieta su sorbito.

Tese queta, chanchirienta,
no me apañe la cintura,

qu'endespues se me hacen cargo
los siete pesos del cura.

Ya me'toy como amañando
en junt'e mi chanchirienta,
chanchirienta pero alegre
jodida pero contenta.

Que haremos, mi bien, qué haremos,
tan chanchirientos que tamos;
juntemos nuestros chanchitos
y un solo chanchiro hagamos.

LA CHUCULA ESTA FRIA

"Todo es comida", dijo mi amigo don Libardo. Creo que desde cuando el hombre caminaba en cuatro patas, le cantaba al biyuyo. Y debe ser así, porque no hay cosa más alegre o triste que tener o no tener con qué. "Amor no s'echa a l'olla, sino carnita y cebolla", dicen por ahí, que de pronto es lo mismo que "barriga llena, corazón contento" o "el Camino de la vida pasa por la tripa".

Hay algunos alimentos que, por lo que sea, llegan a ser propios de un sitio, de una región, o si no que lo digan la lechona, la butifarra, los jayacos, las habas tostadas, el cuy, el ajiaco, la mamona, el viudo, la hormiga culona, el suero, la longaniza, los besitos de novia, las papas chorriadas, los bocadillos, la mazamorra, el mute y el jure, l'arepehuevo, el masato, los champús, la chicha, el guarapo, por apenas hablar de los que se me ocurren de entrada. Para mí hay uno especial, que aprendí a tomar en casa y era de mis favoritos: la chucu-la o chocolate de bola.

Mi mamá prefería hacerlo ella misma que comprarlo en la plaza. Le encargaba a don Pachito Buitra-go, el marido de María Valbuena (tía de "Los Inmort-i-les"), el cacao en pepa. A él no se le dificultaba conseguirlo, porque viajaba mucho por todo eso de Quipile, La Palma y Yacopí, cambiando perros, que compraba en Ráquira, por café y cacao. Tan pronto setenían las dichas pepas, se alistaban los granos (maíz, trigo, habas y alverjas), el dulce (pa-hela) y las especias (clavo y canela). Los granos y el cacao se tostaban por aparte, se molían, se hacía una sola mezcla de las harinas y a ésta se le echaba el melao de la panela, al que se le habían agregado las especias. Se iba tanteando el moje de tal manera que no quedara ni muy tieso ni muy chirle. "Ojo con la masa, que no es p'hacer adobes", decía mi mamá. Lo otro ya era hacer las bolas y dejarlas oriando para que no se pegaran al guardarlas.

Tiempo después, en alguno de mis viajes por la carretera central, encontré que en Chocontá la fabricaban y expendían. De modo que se me volvió maña el bajarme a jartar chucula con mogolla, que era lo que la muela pedía.

La chucula, por su sí, debe servirse al rojo, que parezca plomo derretido, porque si no, queda como un pocillado de murrio. Y eso fue lo que un día me pasó en el metederito de donde era cliente: que a la ventera se le olvidó lo de lo caliente y me atavaló una jicarada que parecía sacada de una nevera. Yo, molestándola, le dije: "Señorita, esto está pa'chupar, no pa'sorber"

También por el camino, después de lo sucedido se me ocurrió el soncito, y la letra salió por ahí, en cualquier parte.

Siempre que voy pa' mi tierra

y paso por Chocontá
de una jícara'e chucula
siento la necesidá.

Calientica y con mogolla
es mi jorma de pedir
y la ventera ya sabe
lo que quero yo decir.

Mientras me la van sirviendo
me agarra tal ansiedá
que se mi hace agua la boca
y el ojo empieza a bailar.

Y cuando la veo venir
vo'y la topo p'uel camino
l'echo mano a la mogolla
al tiempo con el pocillo.

No m'importa la demora
con tal de que'té caliente
porque la chucula así
es como mejor se siente.

Y eso mismo le decía
ayer tarde a la ventera
por un pocillo'e chucula
que sacó de la nevera.

EL CARMELITO ROJO

Antes de la invasión de los tales charmes, doblegumes, dentines y otros cien mil nombres de llanta para mascar, aún a nosotros -por fortuna- los que empezamos a berriar en este mundo entre los años cuarentas y cincuentas, nos alcanzó a tocar alguito del alfandoque, las colombinas ensartadas en palitos de cañabrava, las melcochas y un dulcecito mucho más entrador que las pastillas de chocolate crudo y la panela: ni más ni menos que el caramelito rojo, terror de las dentaduras pero amor de los paladares jóvenes (a los mayores también les gustaba, pero por temor a quedarse sin muelas muy poco se le medían). "

Nuestros taitas, cuando por alguna vaina tenían que viajar a Bogotá, siempre regresaban con caramelitos y obleas "pa' los chinos". El mío, que a todo le echa cifras, seguramente un día se puso a hacer cuentas de cómo le salían más baratos los caramelos, y desde entonces resolvió comprarlos en bloques que venían del tamaño de un ladrillo, en vez de los pequeñitos fabricados para uso personal. La que salió jodida en ese tiro fue mi mamá porque le tocó el oficio de repartir el ladrillo de dulce entre todas "las fieras" y ay de que le tocara un pedazo más grande a otro porque quién se aguantaba la jodentina del resto. Finalmente ella se las arreglaba con una varita de ayuelo o de suano, y al jovencito que se iba poniendo grifo le echaba su emparejada, y asunto arreglado.

A mí, el que Zipaquirá hubiese sido la tierra del gran Zipa y la capital mundial de la salmuera, me parecía una cosa insignificante al pie de su gran desarrollo obleocaramelístico. Esa importancia solamente era comparable con la que también le

daba a mi primera cartilla Charry, no solamente por lo de nene, saco, ojo, títí, uva, león, ñame, dedo y demás triquiñuelas para aprender a leer, sino por tener pintado el tren, el verraquísimo tren, del que oía decir a don Raimundo y todo el mundo que era algo así como el cielo andando por una carrilera. Cuando lo buscaba hojeando la cartilla para echarle una miradita, siempre que pasaba por la k (con la que se escribía kepis), me decía: "Ya lo tengo cerquita".

Esos recuerdos se me alborotaron un día que cogí una Flota Boyacá, taqueada de paisanos hasta las cachas, y en la agencia de Zipaquirá, se subió una señora que llaman la Mona, pregonando un canastadón de obleas y caramelos. Como casi todos los demás pasajeros, compré una pareja de cada cosa y por el camino, entre chupaditas y mordiscos, fui acomodando los versos. La música salió así de pronto, como si la tuvieran guardada las mismas palabras.

Mi taita, cuando viajaba
de Ráquira a Bogotá
me llevaba de regalo
dulces de Zipaquirá.

Caramelitos y obleas,
caramelos de los rojos,
que tienen su saborcito
muy distinto al de los otros.

*Ay, caramelito rojo,
del mismo Zipaquirá,
ese saborcito tuyo
nunca lo podré olvidar.*

*Ay, caramelito rojo,
del mismo Zipaquirá,
ese saborcito tuyo
sólo tú lo puedes dar.*

Cuando ya crecí un poquito
y m'echaron pa' Bogotá,
dos cosas yo quería ver:
el tren y Zipaquirá.

El tren, porque en la cartilla
estaba cerca a la k;
y a Zipa, p'uel caramelo
que llevaba mi papá.

Ay, caramelito rojo...

No sé si el caramelito
que hacían en Zipaquirá
también pasó a mejor vida
o sigue siendo de allá.

Tan pronto tenga un tiempito,

tan pronto tenga un lugar,
a buscar el caramelo
me voy pa' Zipaquirá.

Ay, caramelito rojo...

EL PARLANTE DE MI PUEBLO

La palabra *cacho* es una de las que pueden significar de todo menos los pajodeticos esos que algunos animales tienen en el tuste, unas veces enrollados como alpargata de propagandista, otras a manera de manubrio de bicicleta (de turismo y de carreras) y otras más, estilo puñalada a dos manos.

Para esta historia, *cacho* es lo mismo que parlante. Aparentemente nada tiene que ver lo uno con lo otro, . pero sí, porque antes, cuando hablaban las enjalmas y el agua corría de p'arriba, el *cacho* hacía las veces de parlante. Como los tiempos han cambiando tanto, ahora el parlante hace las veces de *cacho*. (Es que la civilización es pa' puchos).

Ráquira es tal vez uno de los pocos pueblos del mundo donde el primer *cacho* no fue llevado, instalado y administrado por el párroco. El padre Torres (alma bendita) resultó ser más amante del transporte que de los medios de comunicación de masas; de ahí que prefirió cederle lo del *cacho* al finao Ismael García, alcalde vitalicio del municipio, a cambio de quedarse con las rutas Ráquira-Chiquinquirá, Ráquira-Tunja, que cubrió, durante más de veinte años y en exclusiva, el único camión que reinaba en estos caminos y que lógicamente era de propiedad del curita.

Mientras que por el camión Mack verde botella circulaba semana tras semana casi toda la economía del pueblo consistente en tiestos, coladores, leña, arena, ladrillo, curubas, papas, quesos, pollos, huevos, pasajeros, miel, el mercado de tienda de todas las tiendas y el resto que se me olvida, por el *cacho* de don Ismael pasaban complacencias, conjuros, leyes, acuerdos, multas, llamadas a bando, discursos, votos, nombramientos, destituciones -en exclusiva también-, hasta cuando murió el padre Torres y su reemplazo, más visionario del futuro, resolvió bajarle los relojes a la torre de la iglesia y, en cada uno de los cuatro juracos que apuntaban a los respectivos puntos cardinales, ensambló un *cacho* tan potente, que los párrocos de Tinjacá, Sutamarchán, San Miguel Guachetá y Samacá, municipios limítrofes de Ráquira, tuvieron casi que demandarlo por interferir cada una de sus emisoras.

Don Ismael García, el alcalde vitalicio, fiel a su principio de que quien manejaba un parlante manejaba el mundo, al perder la exclusividad se fue a morir a Chiquinquirá y en Ráquira desde entonces hay un parlante que no deja de sonar. Unos dicen que eso es bueno y otros que eso está muy mal.

En mi pueblo hay un parlante
que no deja de sonar;
unos dicen qu'eso es bueno
y otros qu'eso está muy mal.

*El parlante de mi pueblo
suena y suena sin parar,
unos dicen qu'eso es bueno
y otros qu'eso está muy mal.*

Los que dicen qu'eso es bueno

sostienen qu'es necesario
pa' qu'el pueblo se mantenga
dizque alegre todo el año.

El parlante de mi pueblo...

Los que dicen qu'eso es malo
sostienen que no hay por qué
tener que aguantar la bulla
que a otro le da por hacer.

El parlante de mi pueblo...

Y mientras tanto el parlante
Suena y suena sin parar,
pero él no tiene la culpa
sino el que lo hace sonar.

El parlante de mi pueblo...

LA ROSA MENTIROSA

En el municipio de Ráquira hay dos puentes de esos que llaman coloniales. Uno en La Candelaria y el otro en el propio pueblo. A éste último casi todos los alcaldes han querido "modernizarlo", cambiándolo por uno de cemento y baldosín, pero menos mal que les ha quedado grande.

Para un diciembre, nos pidió Colcultura a Los Carrangueros organizar un jolgorio de cantas y romances en Ráquira, con motivo del cumpleaños de su fundación (la gente que se inventa vainas). Terminada la fiesta, que por cierto estuvo "muy movida", me dio dizque por ir al cementerio a visitar a mi gente. Buena parte de mi familia ya está allí, chupando gladiolo, y a veces me da por ir a ver cómo andan. De regreso encontré, preciso en el puente, a mi pariente Samuel Velosa, pero con el agravante de que estaba con un lazo en la mano y midiéndoselo en el cuello con un nudo de horcadera.

Ya le había fallado un bebedizo diabólico que había preparad6 con cunchitos de paratión, criolina, folidol, una docena de totes y una mincha de pólvora. No se explicaba el porqué, y por eso recurrió al lazo. Sólo le faltaba pegar el brinquito al río, y listo el carrango.

Hay dos cosas como de tener en cuenta, por su curiosidad: la primera, que al hombre le falló el bebedizo porque alguien lo confundió con una purga para una vaca asoliada que habían dejado en el potrero, exactamente donde Samuel tenía escondido .su "remedio" entre un cimientó. Para qué contar cómo quedó la vaca después de la tomadita. Segundo, que si Samuel se tira del puente, no habría muerto ahorcado sino del porrazo contra una piedra, porque se le había olvidado amarrar la punta libre del lazo para que el carramán quedara colgando.

Nunca he hablado tan bonito como ese domingo, pero eso sí, tuve que sentarme con él a oír y oír, horas y horas, entre lágrimas y gemidos, una larga historia de amor, donde la contraparte era una Rosa, que no era de Ráquira sino de Jesús María, Rosa que se había desaparecido sin dejar rastro ni explicación alguna, preciso en los días que él andaba de amor que no cabía entre los chiros.

Se me ocurrió, finalmente, que hacerle una canción podía ser parte de la solución. Lo

primero que se me vino fue un combinado de copas, sangre, amenazas, juramentos y maldiciones, por ser lo que desde siempre había oído para esos malestares; pero echándole cabe, za, me dije: mejor cantarle de otra manera, y por qué no con alegría, al amor perdido, para no agrandar el chico.

Una Rosa que no era de aquí
con mi cariño se puso a jugar,
me dio palabra de hacerme feliz
pero fue cuento y mentira no más.

*Por mentirosa te voy a olvidar,
por mentirosa no te quiero más.*

Yo, que había puesto en ella mi vida,
yo, que había puesto en ella mi amor,
hoy sólo tengo el alma dolida
y en el recuerdo como una ilusión.

Por mentirosa te voy a olvidar...

Curiosamente se fue madrugada,
como corriéndole a la luz del sol;
no me di cuenta, no me dijo nada,
bonita Rosa a la que di mi amor.

Por mentirosa te voy a olvidar...

Ay, cómo me duele pasarla sin Rosa
y más me duele el cómo se fue.
En esta vida se sufre y se goza
y de los golpes se debe aprender.

Por mentirosa te voy a olvidar...

EL AMOR ES UNA VAINA

Algunas veces me da por jalarle a las "disvariaciones" sobre un mismo tema, cuando éste se presta y, por lo que sea, llega a interesarme. Tal es el caso de los amores de Samuel y Rosita (la mentirosa). Los sucesos se van convirtiendo como en un chisme del que siempre uno quiere saber el final, que nunca llega porque cada vez hay algo nuevo que contar, agregar, enmendar, inventar, enredar, calumniar, vociferar, ocultar y quién sabe qué más. De ahí que éste es otro capítulo cantado de la vida amorosa de dos de mis mejores amigos.

A Samuel, el efecto de la medicina musical que le preparé cuando la Rosita se le fue de madrugada, apenas le duró como un mes. A partir de ahí no podía ni orinar tranquilo. Le agarró un no sé qué, que comenzó por hacerlo sentir que toda la ropa le quedaba grande, fuego que no podía respirar (me dijo un día que se sentía como entre dos lápidas, una adelante y otra atrás). Después le vino el mal de la suspiradera, al que le so-brevino el estado sorombático, y antes de que marcara calavera o le diera por dedicarse a la

cacería de moscas y armaños, se le ocurrió que la contra estaba en Jesús María, y allá fue a parar en dos boliones.

A la casa de Rosita llegó cuando las últimas gallinas se estaban subiendo a una mata para pasar la noche. A veces por el camino se veía como otro tipo en esas, como si no fuera él el de la vaina y hasta se le burlaba o lo compadecía. También en un momento creyó ver su cuerpo en Ráquira, cuidando de los marranos y las vacas, los tomates y los pepinos, las caña dulces y el herrerún y su espíritu por aparte, por ese camino arriba preguntando y preguntando dónde vivían los Chacón.

Cuando por fin le dijeron que allí nomasito, le dieron ganas de que no estuviera. Algo se inventaría para salir bien, y regresaría por donde llegó y con el consuelo de la intención. Pero tacó burro, porque la Rosa estaba, ahí en el corredor, echándoles agua a las matas. Al verlo llegar, se le salió una sonrisa limpiecita y empezó a mover la cabeza de un lado para otro como diciéndose también: "El amor es una vaina..."

Al hombre lo trataron bien -"demasiado bien", se decía Samuel-, y eso era lo que más lo tenía pensando. Si era que la gente era así de buena gente, o que además tanto pollo, tamal, cordero, pavo, plátano, cuajada, arepa y todo por el estilo, era el inicio de unos acontecimientos que finalizarían al pie de un altar mayor, con pólvora y t'uesa vaina.

Ya se le había pasado el tucu-tucu, y el verse en algo que no tenía pensado ni por el forro le fue cambiando todos sus males del principio por unas ganas incontenibles de salir corriendo. Hasta que *finalmente*, por la preocupación, todo *empezó* a saberle a pólvora, altar y pollo. Entonces decidió regresarse para su tierra, dejando para siempre un trisito de espíritu en la casa de Rosita, a la *que*, según parece, nunca le pasó por la cabeza eso del altar y la pólvora. Ella es así: da sin condiciones y tampoco se las deja poner; y si la cosa se da, bueno; y si no, también.

Preso de pena y dolor,
me fui pa' Jesús María
a buscar a la Rosita,
la novia que yo tenía,
la novia que yo tenía.

Quise poder olvidar
pero el amor es extraño,
como que entre más se quiere
todo se vuelve más raro.

*El amor es una vaina
muy difícil de entender,
a veces sale con unas
pero vaya uno a saber.*

Cuando me dije: "Me voy
a verme con la Rosita",
nada raro pretendía,
solamente una visita.

Pero su familia no
pensó como yo pensaba;
más bien les quedó sonando
que Rosa se les casaba.

El amor es una vaina...

No me dijeron altar
pero a mí me dio la espina
por el chivo y los tamales,
el pavo y las dos gallinas.

Yo no hallaba qué decir
por todas las atenciones
pero ya m'estaba viendo
con cuetes y voladores.

El amor es una vaina...

Pensar que a tiro me vi
y todo por esa gana
de verme con la Rosita
la que se fue madrugada.

Para bien o para mal
cada quien cogió su vida
ella se quedó en su tierra
yo me fui para la mía.

El amor es una vaina...

EL TINTERILLO

Mi pobre tío Telésforo, por bochinchoso, litigante y pendejo, cayó en las ponzoñas de un "dotor" que por poco lo deja con una mano adelante y la otra atrás.

Se vio metido en un pleito donde fue tal la cantidad de presentes, camaricos, piquetes, papel sellado, viajes, expresos, peritos, testigos, memoriales, apelaciones, contrapelaciones, recursos de súplica y otras bobaditas, que ya estaba dispuesto a desistir del juicio, que es como la justicia llama al hecho de "sacar la mano"; no sin antes haberle ventilado el menudo al dotorcito ese, así hubiera tenido que pagarlo en el Bar-he (una pesadilla que construyó la justicia entre Tunja y Paipa).

En el pleito se le fue salud, gallinero, tierrita, vacas, bolsillo, paciencia y más de cien pares de alpargates de tanto echar quitaba camino arriba y camino abajo, de la casa al juzgado y del juzgado a la casa, pendiente del papeleo.

Como desde que me crie, de casos parecidos es de lo que están llenas mis orejas y aún más terribles (porque a mi tío por lo menos le quedó el rancho), me dio por cancionar el pleito, insistiendo en no firmarle en blanco ni a la madre, porque de ahí a la miseria no hay sino una demanda.

Nunca diga que ha sujrido
el susto más peligroso
hasta no vese en las garras
di'un tinterillo mañoso,
y no es qu'esto sea mentira
o cargo de no probar:

yo casi quedo en la ruina
por culpa di 'un memorial.

*Mientras la vida me tenga
con mi conciencia y razón
no güelvo a jirmale en blanco
ni a mi máma; no, señor.*

Por un problem'e linderos
que tuve con mi vecino
los de la ley me pidieron
presentalo por escrito
y también me aconsejaron
que don Julanito'e tal
era el preciso p'haceme
un mugre de memorial.

Mientras la vida me tenga...

Me jui p'onde el tal señor,
quen jue diciendo que, claro,
qu'el asuntu'el memorial
se lo dejar'en sus manos
y una vez hecho el negocio
me dijo que le jirmara
un'hojita de papel,
que del resto él s'encargaba.

Mientras la vida me tenga...

Se pasaron unos días
y a las poquitas semanas
los de la ley me llamaron
dizque a contestar demanda,
me metieron a la cárcel
y pa'l colmo de mis males
m'embargaron la tierrita
el rancho y los alimales.

Mientras la vida me tenga...

Yo puse el grito en el cielo
y la misma autoridá
me dijo qu'el del embargo
era don Julano'e tal,
que una plata le debía,
plata que yo había pagao
que por señas presentaba
dizque un recibo jirmao.

Mientras la vida me tenga...

Y pa' salvar la tierrita
el rancho y to'lo demás
tuve qu'ir ondi'un dotor
que se jartó la mitá,
y eso que tuve de güenas,
según dijo mi compadre,
qu'el dotor no me dejó
completamente en la calle.

Mientras la vida me tenga...

LA RAQUIRENITA

Para no barajar o echar a pique un posible casorio que está en veremos desde hace más de quince años, es mejor no hablar de nombres en esta historia, aunque se me hace la boca agua.

Todo comenzó desde cuando el padre Corredor y su hermana, la señorita Raquel, fueron trasladados a Ráquira, el uno en reemplazo del cura Torres, quien parece que murió de hacer cuentas, y ella en reemplazo también de la señorita Gilma, maestra de "La Lomita", que era como se llamaba la escuela, y a quien por fin, después de como diez años de solicitudes continuas, le concedieron en Tunja su traslado para Sutamarchán, pueblo donde tenía toda su familia y que, dicho sea de paso, es la cuna de la longaniza y del conde de Gacharná.

En La Lomita se conocieron y "al mando" de la señorita Raquel, quien lo primero que hizo fue poner los niños a un costado del salón y las niñas al otro, dejando una callejuela de por medio por donde circulaba, echando ojo a lado y lado, pistiando las tareas y la bulla de los escuelantes. Esta medida repercutió en las relaciones de mis dos clientes, porque hasta entonces compartían la misma banca, con todas sus consecuencias, las que se vieron en la necesidad de trasladar al recreo solamente.

El camino, la escuela, la maestra, el recreo, los juegos, hasta el comiso, siguen siendo los recuerdos más claros que él guarda, porque después del segundo año, que también terminaron juntos, cada uno se quedó definitivamente en su rancho, haciéndole a los oficios. Ella a lo mejor no, pero él sí le tenía echado el ojo desde entonces y ya con el tiempo, cuando más volantón, confirmaba en su corazón lo que su ojo de escuelante le decía.

Hasta cuando hablamos de esto, no había cuajado nada, porque a la muchacha sus viejos no le perdían pisada, aunque sí andaba en espera de cualquier lugarcito a solas, para proponerle matrimonio de una vez con fecha y todo, con eso mataba dos pájaros de un solo tiro: uno, organizarse con la muchacha y el otro sacarle el bulto al cuartel, porque estaba a tiritito de que se lo llevaran.

Hay una raquireña
que me tiene penando,
hay una raquireña
que me pone a sufrir.
Si no la miro,
su ausencia me hace daño;
en cambio si la miro,
¡pobrecito de mí!

Linda raquireñita,
la luna y las estrellas,
linda raquireñita,
por ti yo alcanzaré
el sol, el cielo,
las nubes, los luceros,
con tal que tú me quieras
estarán a tus pies.

Linda raquireñita,
cuando me asomo al alto,
linda raquireñita,
donde se ve tu casa,
me da de todo,
me siento como raro
y en espera que salgas
se me va la mirada.

Linda raquireñita,
tal vez te estoy queriendo,
linda raquireñita,
desde la misma escuela,
seguramente
desde que nos pusieron
a aprender las vocales
con la misma maestra.

Linda raquireñita,
en fin, si no se puede,
linda raquireñita,
unir mi amor y el tuyo,
por mí descuida
no se sabrá tu nombre;
con eso ni tú sufres
ni tampoco yo sufro.

SOLDADITO DE LA PATRIA

Desde que anduve con mi chopo al hombro en todo eso de Chaparral, Yaguará, Gaitania, Planadas, El Ata-co, Sur de Atá, La Vega del L~uerto, El Cañón de las Hermosas, Tetagorda, San Antonio de los L~/licos y otros tantos lugares del sur del Tolima, tenía la intención de hacerle su merengue a la prestación del servicio militar, y más cuando el cabo Barona, comandante de la orquesta del batallón, ordenó admitirme en ella, gracias a mi experiencia como guacharaquero de la banda de guerra del Colegio Nacional de Bachillerato Sergio Arboleda.

Mi paso por el de Infantería No. 17, General Cay-cedo, es 15 años después algo así como recordar un sueño de palabras, frases, anécdotas y voces de mando de un tonito muy especial que se me alebrestaron una mañana en las narices del río Sumapaz, al lado del puente que le chantaron en Melgar, debajo del cual, hace 24 años, el prole Tapias, el que nos daba inglés en el Carrasquilla, se dio sus mañas de salvar de las aguas a Nacho Castro, un jovencito-bogotano con cabeza de hacha, muy inteligente pero muy bestia, no

sólo porque se tiró a lo más profundo, sino porque se dio cuenta de que no sabía nadar apenas cuando iba en el aire. Y claro, nos jodió el paseo, porque el doctor Ariza, rector y jefe de nuestra expedición, ordenó la inmediata retirada del ahogadero hacia una piscina baratonga, donde nadie se quedó jincho de agua pero sí, y por un buen tiempo, pagando más en remedios contra los hongos que en pensiones.

Y como dijo el maestro Abadía: "¿En qué íbamos, mijo?". Ya: en lo de las narices del río Sumapaz y el puente. Pues sí, había bajado a echarle una sudadita a una de esas pestes capitalinas que afortunadamente no me dan sino dos veces al mes. Tal y conforme lo hace mi taita, me puse la ruana y a caminarla se dijo.

Siempre me miraban un poquito raro, pero yo, con tal de sudar, estaba dispuesto a ponerme hasta el abrigo de mi tía Ludovina (alma bendita). Fui al centro del pueblo, me tomé un juguito de naranja de ciento cincuenta pesos la gotera y antes que me cobraran por respirar cogí para el lado del puente. Había un jurgo de gente y tropa. Pensé que un bus despepado se había caído al río, luego vi algo así como un equilibrista ençi-ma del puente parado sobre el precipicio en la punta de una tabla, y se me ocurrió que era alguien que no había podido pagar la cuenta del hotel y se iba a tostar, pero tampoco.

Eran los de la base militar de Tolemaida, que estaban en una prueba de adiestramiento-resistencia que consistía (casi nada) en subirse por los barandales de hierro a lo más alto, gritándole flores a la patria, y después de estar arriba irse en pategallo hasta la mitad para luego seguir por un planchón que había sido apegado de lado a lado a manera de trampolín. Ya en la punta del planchón y faltando apenas el brinquito, alguien de abajo le gritaba por un parlante al de la prueba que ofrendara su hazaña y a la voz de "¡Soldado, al agua!", suaz, con todo y chiros al río. Y así lo hacían los soldados, pero sus caras, muy boyacas por cierto, me impresionaban, y aunque llevaban salvavidas y en el río los recogían unas lanchas después que salían a flote, en ellas se veía la misma coscojina, la misma te-rronera, culillo y lo demás que yo sentí cuando en la pista de infantería del batallón me dieron la orden de pasar

la telaraña por encima y yo no pude, por más idas a la guardia y saltarines que me esperaban. Cuando vi a uno de los de Tolemaida subiendo los barandales como ido del sentido, cogí un Bolivariano de regreso a Bogotá, con la cabeza hecha un queso por lo que acababa de ver y mis propios recuerdos. De ahí salió esta canción. La demora fue empezarla.

Soy soldado de la patria, según dice mi teniente.

Soy soldado que dejó su tierra sola,
la familia y lo que bien pudo tener,
y hasta el perro, mi perrito, quedó triste desde el día que me cogieron pa'l cuartel.

Soy soldado de la patria...

Ya hacía días que no me bajaba yo al pueblo, por andar aporcando unas semillas, y preciso el domingo que lo hice llegaron los del cuartel a recogida.

Soy soldado de la patria...

Soldadito, como me dice mi novia"
en sus cartas que me escribe mes tras mes, soldadito que se siente solo y triste muy distinto a lo qu'ella tal vez cree.

Yo no soy *un vaselino*, como dice mi teniente.

¿BAILAMOS, SEÑORITA?

Veces hay también -como diría el hombre Sandino- que distintas situaciones dan lado para hacer una sola obra. Con esta canción ha pasado algo semejante. La idea de componerla es de hace mucho tiempo, como ya contaré, y los detalles han sido simple observación y experiencia en aquello del baile, más exactamente cuando de sacar pareja se trata.

Lo de la idea viene de cuando estudiaba en la Adversidad (así llama la Universidad una sobrinita). Nuestro curso, por cosas de la vida, de esas que vienen para bien o para mal, estaba conformado por una clase de liviandades que lo hicieron pasar a la historia de la Institución como "La Roya" Pero si el curso, tenía sobrenombre, cada uno de sus integrantes también gozaba del propio, que al oírlos en conjunto, sin saber el cuento, fácilmente se podía pensar en los alias de una manada de cafres.

Platanito, El Obispo, Tatareto, Puyanubes, Casco'e Mula, La Justicia (a uno que le faltaba una pata), Chícola, Chilimbris, Maza, El Nucho, Chuzo, El Tarao, Barrabás, Culomono, La Güevita, y otros tantos no escribibles, porque ya da como pena; dan una idea de las "bellezas" de condiscípulos que tenía (el mío ya está incluido). Pero hubo uno especial, un poco extraño, pero apodo al fin y al cabo: "Bailamos Señorita". De él vino a disfrutar un santandereano buenísima ficha, desde el día en que, por efectos de los tragos y mala oreja para distinguir la música bailable de la dormible, se le ocurrió, en plena celebración de un aniversario más de nuestra facultad, sacar a bailar una de las damas presentes, preciso cuando los músicos de la filarmónica invitada ejecutaban una de las obras del programa, con la que se rendía homenaje póstumo a los profes, que a esas alturas ya estaban en las otras y por ahí entreteniéndose con tal cual nube, mientras les llegaba la pensión.

A nadie y menos a él se le olvidará cuando con su acentico nasal se le dirigió y, aprovechando el silencio, le dijo: "Bailamos, Señorita?".

Desde entonces me quedó sonando la cosa, sobre todo la jodita de "¿bailamos, señorita?, con acentico y todo. Lo otro, lo de los detalles, es producto de ese latigazo que se siente cuando en un baile uno le echa el ojo a una fermosura y la niña le resulta con el cuentico de que es que está cansada. Y entonces uno se queda con la mano extendida como si la tuviera untada de quién sabe qué y se va sintiendo (por lo menos a mí me pasa) que es portador del peor de los males prendedizos, o que es bisolejo, o que está como malorocito y a veces hasta que a uno se le olvidó ponerse la ropa. La última vez que me dejaron con la mano extendida, afortunada-mente en vez de coger un revólver, cogí un lápiz, y con él me puse a bailar encima de un papel, hasta que me salió esta otra canción.

Yo no me explico, señores,
por qué todas las mujeres,
cuando las saco a bailar,
me miran y no se atreven.

Pero para presumir
de sinceras y educadas
no tienen inconveniente
en decir que están cansadas.

Al principio me decía:
"Será porque soy bizco",
pero qué tienen que ver
los ojos y el ejercicio.

También alcancé a pensar
en mi paso atravesao,
pero cómo, si hasta el gallo
conquista de medio lao.

Lo que sí es de pronto algo
que reconocerlo es justo
es que el rostro no me ayuda,
pero eso es cuestión de gustos.

Con los dientes no se baila
y menos con las orejas,
que juntándoles los ojos
tal vez son mis tres problemas.

En últimas vuelvo y digo
que el baile es cuestión de ganas,
y si las viejas no quieren,
pues solo también se baila.

Y abran campo, que ai voy yo,
y cuidadito me empujan
que bailando en una pata
a media nada me estrujan.

VOLVIÓ LA VENEZOLANA

Una de las joditas que trae el meterse con los amores de los demás para volverlos música, es la de pasar por sátiro, cañiche, chivo, casquivano, libidinoso, casquiflojo, antojadizo, y sabrá el patas quién sabe qué más.

Esta canción, no sé por qué, ha sido la propia para eso. Por lo tanto, quiero aclarar el asunto; con eso a mí me dejan las uvas quieras y carga con el muerto el que le dio candela.

Yo, sí es cierto que le jalo a la guacharaca, pero ni me llamo Joselito, ni tengo casa con paisaje en La Pradera, y menos uso de amores en el extranjero. Y si a las pobres curubas las metí en el paseo, fue por darle casquillo a las alcachofas, yerbitas que, junto con las tales berenjenas y alcaparras, me brotan hasta la ruana con sólo mirarlas. (Ay de mí sin las papitas).

El del cuento es el hijo menor de unos amigos sincelejanos metidos hace años en Bogotá y los fines de semana en La Pradera. Realmente se llama José, pero como en todas partes se cuecen habas, en su casa le dicen Joselito, tal vez para diferenciarlo del papá, que "también se llama José, pero para diferenciarlo de Joselito le dicen Jóse. Más claro para dónde.

El cubita, recién que le llegó el acelere del crecimiento, tenía o decía tener amores con

una joven que se largó para Venezuela por asuntos de familia. Se fue pasando el tiempo y con él cada uno creciendo por su lado. Ella le escribía de cuando en cuando, y él de dientes para afuera se hacía el regodiento con las respuestas, pero tan pronto se encerraba en la pieza se empezaba a oír por todo lado un agite de papeles y sobres (y uno que otro quejido, aunque también lo niegue).

Por fin llegó la noticia de que la ya señorita vendría a pasar vacaciones a Bogotá, y desde luego en compañía del muchacho, quien a sus quince ya era el más grande de la casa, especialmente del lado de los pies. Como somos llaves, fui yo de los primeros en compartir el chisme y ahí mismo, presagiando el futuro, me puse a pisarle la cola al perro.

Insisto. El del bulto es Joselito. Suficiente tengo yo con el gurre que mi diosito me socorrió.

Volvió de Venezuela
por fin la amada mía,
la que me quita el sueño,
la dueña de mi amor,
la que también me quiere
tanto como la quiero
y me dice: "Joselito,
tuyo es mi corazón"

*Morena, si te quedas,
le pediré a mi padre
la cas ' e La Pradera
y allí te llevaré
a vivir del paisaje,
tres matas de alcachofa
y una mat'e curubo
que a l' entrada se ve.*

Pensar que estás ausente
es algo que no puedo
desprender de mi vida
y el tiempo se me va
en esperar el día
que vuelvas a mi lado
para decirme: "José,
ahora te quiero más".

Morena. si te quedas...

Aunque mis padres saben
del amor que te tengo,
con todo y lo que saben
no pueden comprender
por qué las otras cosas
son insignificantes
al pie de tu cariño
y al pie de mí querer.

Morena, si te quedas...

Para matar tu ausencia
te cuento, vida mía,
que en una guacharaca
el remedio encontré,
y cuando mis adentros
se van pa' Venezuela
con una tocadita
me los vuelvo a traer.

Morena, si te quedas...

SILVITA, LA CONDENADA

Me puse a echar cabeza y no son muchas las Silvias que conozco. La de Ticha, Guachetá, que es maestra pero le va mejor vendiendo motobombas en Ubaté. La de San Cayetano, Ráquira, que no se complicó mucho la vida y se dedicó a su casa y a don Pacho. Una tercera, franchuta por más veras, que ya se aclimató en Colombia, y la santandereana que dio vida a esta historia.

A ella, como a tantos y tantas, de oídas se le ocurrió que la capital era la gloria y un día, a la edad de diez años y apenas con la muda de ropa que llevaba encima, la Plaza de los Mártires la vio bajarse de la chiva que había salido de Bolívar a las cinco de la mañana.

En el ochenta y uno, cuando le hice esta canción, tenía veinte abriles, un hijo, y quién sabe cuántos tiestos, cubiertos, chiros, escaleras, lavaderos y pisos encima. Solamente había vuelto a su casa una pareja de veces y, aun así, no perdía ni el dejecito del habla, ni las tantas cosas bonitas que aprendió durante esos primeros diez años al lado de su gente. Cada vez que me la encontraba, no hacía más que molestarla para puyarle la lengua y verla reír. Siempre reía, podía estar hasta sin con qué darle de comer a su criaturito, pero siempre lo hacía y, de encime, refinaba con una mirada tan abrigadora, que lo menos que daba era para una canción.

No se vaya a creer que por haberla titulado "la condenada" ella purgó alguna pena distinta a la de tener que vivir en Bogotá. Condenado o condenillo es una manera mucho más Boyacá de decir avisgado, pilas, despierto, inquieto, buscalavida, metelón, rebuscador, echado p'elante, arrojado, serpiente y otros decires por el estilo. Y como ella es así, pues qué mejor: le quedó como por encargo.

Es delgadita como una aguja
y es pequeñita como un botón,
mas no me importa, porque Silvita
es la que reina en mi corazón.

*Como se dice, se dice amor;
como se llama, se llama amor;
si ella me quiere, se dice amor,
y si no me quiere, pues no es amor.*

Tiene en los ojos como candela
porque al mirarme siento calor;
así es Silvita, la condenada

que se ha metido en mi corazón.

Como se d/ce, se d/ce amor...

Pa' la conversa no hay quién le pueda,
y es de mal genio como un león,
pero le pasa y queda la misma,
la misma Silvia que quiero yo.

Como se dice, se dice amor...

Vive la vida con tal coraje
que ya quisiera tenerlo yo;
tal vez por eso fue que Silvita
se me ha metido en el corazón.

Como se dice, se dice amor...

LA CUCHARITA

Faltaban diez para las dos y, como siempre, teníamos que afanarle para que una buena cantidad de carrancartas lograra salir al aire; un minuto más de propaganda, y listo.

...Por eso, si le duele la cabeza diríjase a la Francesa. Haga como yo, que cuando la lengua me pesa me voy para la Francesa. Y no olviden, además, amigos oyentes, que al único que no se le quema el pan es a Don Antuco. Por eso él mismo, en mi pueblo, tiene una panadería que a las casadas les vende y a las solteras les fía...

De la vereda de Alto Grande, municipio de Yacopí, nos escribe doña Consuelo Miranda, seguidorsísima de *Canta el pueblo*, y de su carta escogimos una copia que de pronto se la dedica a un amorcito por ahí, y dice: "Más vale tenerlo lejos y tener que caminar, que tenerlo cerquítica y sin poderlo gozar". No camine tanto, doña Consuelo, que se va a quedar sin quitabas. Mil gracias por su cartica, y ahora otra de las hermanas Uñate, de Fómeque, vereda de Potrero Grande. Tal parece que hoy todo ha salido grande: Alto Grande... Potrero Grande... De nuestras amigas María Inés y Flor María, las dos Marías, escogimos una adivinanza que dejamos en el aire a ver si alguien la coge y nos escribe la respuesta. Y ahí les va: "El hombre dice quererme y tratarme como hermano; sin embargo hierros pone, en mi boca y en mis manos". También de... Gachantivá, Santa Sofía, Sutamarchán, Tinjacá, Sáchica, Villa de Leiva, Samacá, Sota, Cuaita, Susa, Simijaca, Guachetá, Ubaté, Nemocón, Carmen de Carupa, San Miguel, Saboyá, Puente Nacional, Barbosa, Vélez. La Belleza, Jesús María, El Socorro, Bolívar, y así una larga lista de pueblos y veredas del interior, de donde semana tras semana hacían llegar a nuestro programa radial un gran surtido de coplas, cuentos, adivinanzas, romances, dichos, poesías, trabalenguas, de donde nos iban llegando pedacitos de patria en papelitos, que muchas veces eran escritos a ruego y que casi siempre terminaban con aquello de "...por el momento no les quito más tiempo y perdonemen la letra y la mala ortograjía, pero jue que no tuve mucha escuela". Pero las gentes, con tal de participar, corrían ese riesgo, el mismo que corro yo cuando me da por escribir algo, el mismo que se corre cuando algo se quiere hacer.

...Y así, amigos oyentes, lamentablemente para ustedes y nosotros, hemos llegado al final de este su programa. Los esperamos nuevamente el próximo sábado, cuando por esta emisora y a la misma hora *Canta el pueblo*... Y quedaba sonando el farafafafa,

farafafafa de la rumba que hacía de cortina musical.

De las cartas leídas ese día, la que más me llamó la atención, y así se lo comenté a los otros Carrangueros, fue la remitida por don Gregorio Martínez, de la vereda Velandia, en Saboyá. Relataba un cuento de un tal Sebastián con unas princesas, hijas de un rey, cuento del que hicimos un montaje para el siguiente programa.

Porque no era tan lejos de Chiquinquirá, y por la gana de conocerlo y hacerle una entrevista, fuimos a parar a donde don Gregorio a los pocos días. Nos topamos con un hombre joven, casado y con hijos, viviendo en un tajito de tierra, donde se había dado la maña de levantar un rancho de paja y tapia pisada con dos piezas: una para la cocina y otra para dormir y guardar las cosas. Estaba en el corredor, sentado en un tronco, asoliándose un poco y con un par de muletas recostadas contra la pared. Entre muchas cosas nos contó que hacía poco le habían soplado un balazo en la cintura, y que ya no tenía esperanzas de volver a caminar y menos a trabajar, que se acompañaba siempre de su radio, y que nunca se perdía uno de nuestros programas. Hicimos una buena entrevista, que luego también fundimos; ya cuando nos estábamos despidiendo salieron con que:

"Eso esperesen un momentico que ya van a 'tar las papas, ¿qu'es el aján? Se comen un puntal, se pican, se jartan un guarapo y diahi sí *que les vaya bien*".

No habló de los huevos tibios, *que* también aparecieron haciéndole segunda voz a las papas. Para echarle sal a los fulanos, hicieron circular una cucharita, *que* resultó ser de hueso, a la que yo no le quitaba el ojo de encima y que finalmente don Gregorio me regaló, antes de que yo me quedara tuerto.

No sé por qué, pero le cogí voluntad al instrumentico. Era como un símbolo de la misma gente y la cargaba con mucha fe. Hasta cuando, *con* papeles y aún no sé qué más, me la robaron algunos días después en Bogotá, en eso de la séptima con Jiménez.

Al meter la mano en la mochila y no encontrar la cartera, en lo primero que pensé fue en la cucharita. Desde ahí, y por un buen tiempo un estribillito, mezcla de lamento y tristeza, se me repetía a cada nada, ese de "la cucharita se me perdió", y parece que a mucha gente lo mismo o algo parecido le ha sucedido, porque, luego de ponerle música y letra a la historia, ésta canción se tararea en todas partes.

En la vereda'e Velandia,
del municipio de Saboyá,
una cucharita'e hueso
me regalaron por amistá.

*Y la cucharita se me perdió
y la cucharita se me perdió.*

Y como a los quince días,
en pleno centro de Bogotá,
me robaron los papeles,
la cucharita y no sé qué más.

La cucharita se me perdió...

Mi cédula se consigue
y mi libreta de militar,
pero cucharita 'e hueso
así'e bonita pa' qué pensar.

La cucharita se me perdió...

¿Cómo lo ve, don Gregorio?
La cucharita 'onde jue a parar.
Pueda ser que cuando vuelva
me la reponga por otra igual.

La cucharita se me perdió...

LA COSCOJINA

Esa palabrita, que es casi lo mismo que decir terronera, culillo, atortole, chachí y otras varias, la aprendí de una amiga chiquinquireña -robustica, por cierto-, a quien por sus habilidades en el manejo del lenguaje boyaco invitamos a uno de nuestros programas de radio en Furatena.

La fulana era bien despierta, pero a la voz de micrófono, siempre se iba tronando, y ante la pregunta del por qué andaba así, medio asustada, ella salió con algo como esto: "La verdá qu'es que de'tar puaquí con sus personas y más hablando pueste chirajo de aparato, me agarra una coscojina, qu'es una bendición..."

Yo le cogí pronto el viaje a la palabrita, porque "también paso por esos sustos seguido, seguido, y eso dizque uno ya tiene bastante cancha (y a lo mejor sí, porque cancha en nuestra tierra quiere decir sarna). El día de nuestra presentación en el Madison es un buen ejemplo de coscojina, sólo que la refinamos con mucha emoción.

Ya está dicho algo sobre la palabra, pero no sobre el resto de la canción. Figúrense que uno de los del conjunto vino como a enamorarse de la muchacha, pero nunca le dijo un esta boca es mía. Y así que cuando suspendimos el programa de radio y no volvimos con la misma frecuencia a Chiquinquirá, este posible enamoramiento se quedó en veremos.

Ante los hechos, me dio por personificarme en nuestro colega y botarle corriente a una situación en la que, si bien no era yo el de las cucas, por lo menos podía servir de testigo musical. Y así lo hice.

Si ella supiera la fuerza de su mirar,
comprendería el mal de mi corazón;
si maliciara tantico de mi querer,
sí me saldría un poquito de mi dolor.

*La coscojina me da como por llorar
como queriendo olvidar esta pena y este amor.*

Y si supiera lo duro que fue callar
por tantos días el fuego de mi pasión,
comprendería la tristeza que me da
cuando el recuerdo se mete en mi corazón.

*La coscojina me da como por gritar
para poder aliviar esta pena y este amor.*

Si ella supiera lo duro que fue partir
habiendo estado tan cerca de su querer,

comprendería lo triste que es un amor
que cuando nace ya se tiene que perder.

*La coscojina me da como por reír,
pretendiendo confundir esta pena y este amor.*

Así es la vida, pues todo vino a pasar tan de repente, que de pronto me sentí como
embrujado por esos ojos de sal que me han tenido casi a punto de morir.

*La coscojina me da como por pensar
cómo hacer para olvidar esta pena y este amor.*

LA GUITARRITA PUNTERA

En las grandes romerías a Chiquinquirá, Chinavita, La Candelaria y otros lugares, el canto, la música y los bailes populares, siempre estuvieron presentes. Tal vez por eso y por ser cabecera de provincia, allí se establecieron algunos artesanos, maestros en la fabricación de instrumentos de cuerda, especialmente tiples y requintos que, según dicen las buenas lenguas, eran los más utilizados.

Construir un instrumento también tiene sus triquiñuelas y los secreticos van pasando de padres a hijos - más cuando se ha cogido fama por la calidad alcanzada- como en el caso de la familia Norato, cuyo solo nombre, como ocurría con los Padilla, es símbolo de garantía.

Con Jaime Norato, a quien sus amigos cercanos llaman "trueno" (unos dicen que por lo amarrado y otros que por pasarla tronadito), nos conocimos por la época del programa en Furatena y desde entonces se ofreció a fabricar y remendar nuestros instrumentos en caso de. Por eso un domingo fuimos a buscarlo con el fin de encargarle un tiple y un requinto que necesitábamos urgentemente para llevar de repuesto a la vaina del Madison, no fuera que de pronto algo pasara con los palos de batalla. Como de costumbre, no estaba en la casa sino en la tienda, y hasta que no nos corrimos unos frascos en su compañía, no quiso atender "la consulta" (siempre hace lo mismo). Luego le dio porque más bien nos tocáramos "unas" ahí en la tienda. Le dijimos que con qué instrumentos, si no habíamos llevado, pero como él tiene almacén, se tiró la disculpa, nos pidió que lo acompañáramos a escoger cada uno "el que se le die-ra la gana", y otra vez para la tienda.

Javier Apraez sé encarretó con una guitarrita puntera y se la cargó para ensayarla. Al tiempo de tocar le gustó mucho, por lo blandita, sonora y bien trastiada, y de una le fue preguntando el precio a nuestro fabricante, y ahí viene el detalle, porque uno de los presentes, de los tantos que se habían agolpado en la tienda al oír el zafarrancho, sin nadie decirle nada, fue contándole la plata a Norato una sobre otra y, cuando terminó, miró al Apraez y le dijo: "Quédese con ella, chino, se la regalo".

Pasada la sorpresa y las mil gracias y qué verraqueras, yo la quise también tantiar un poquito y entonces ahí mismo, improvisando, fue saliendo esta canción en la que contaba y agradecía el suceso, con tanto aprecio como si hubiese sido yo el del regalo.

Un señor desconocido, no sé por qué,
estando en una tienda en Chiquinquirá,
tal vez me vio la gana y me regaló
una guitarra puntera para tocar.
Al tenerla en mis manos sentí algo así

como lo que se siente al acariciar,
y espero con mi guitarra poder hacer
merengues y rumbitas para gozar.

*Ya tengo mi guitarrita,
mi guitarrita puntera,
recuerdo chiquinquireño
que me llevo pa' mi tierra.*

Regalos he tenido de gran valor:
una burrita, un perro y hast'un tití,
pero ese regalito de aquel señor,
aunque no tiene lengua, se hace sentir.
Ya la iré conociendo, y entonces sí
podré todos sus trinos hacer sonar,
pero estrenarla quiero con algo así
como esta cancioncita muy especial.

Ya tengo mi guitarrita...

Si usted de pronto me oye, señor de allí,
que conocí en la plaza'e la Libertad,
ahí va viendo el regalo lo que hace en mí,
y si esto es estrenando, cómo será.
Lo cierto es que ella tiene ya su canción,
con la que está viviendo para contar
la historia que un domingo me sucedió
en una tienda del frente a la Catedral.

Ya tengo mi guitarrita...

LA FLORECITA

Tiberito, ese otro gran amigo que por todo se coloraba y a quien le encomendé el cuidado físico y mental de un par de churrientas que alcancé a tener en la vete-da hasta cuando la laguna dijo: "Me voy pa' arriba" y nos dejó a más de uno con el ganao en potrero largo, que es como llaman la carretera por allá; ese joven al-guito trascordado, que por no saber de circuitos, la vez aquella que estrenamos la cerca eléctrica, por poco se queda sin el encargo, al orinársele encima. El mismo, llamado Timolietas, sólo vino a saber que estaba enamorado de la Flor aquella mañana cuando, de regreso del ordeño, la vio ahí en el broche de su casa, con una caja de cartón en la mano esperando la San Vicente de las siete, que se la llevaría para Chiquinquirá.

De ahí en adelante, y por un buen tiempo, todas las horas se le fueron en recuerdos. Tan pensativo y distraído la pasaba que hasta las vacas se dieron cuenta, más cuando empezó a ordeñarlas jalándolas de la cola; y confundir la cola con las tetas, es algo parecido a pretender uno quitarse los pantalones por la cabeza, que era lo único que le faltaba a Timolietas para rematar el despelote en que andaba.

Poco a poco fue volviendo en sí luego de algunos días que vinieron a ser meses; y cuando casito ya sanaba la cosa.., ipun!, ella de nuevo en el mismo sitio y en otra San Vicente, pero ya la de la una, que era la que regresaba de Chiquinquirá. Y otra vez Cristo

a padecer y su madre a pasar trabajos.

Disponía de veinte días para manifestarse, pero en las pocas oportunidades que tuvo de topársela sola, ella escasitamente le contestaba entre dientes el saludo, y seguía su camino. "Y así con qué alientos, don Jorgito", me decía Tiberio, cuando yo le preguntaba cómo iba la causa, porque en el campo todo termina sabiéndose, y yo era algo así como la alcancía de sus penas.

Fue en esos días, vacaciones de Florecita, cuando hice esta canción, la primera de mi época carranguera y que fue lo único que encontré a la mano para darle a mi amigo, en vez de consejos, que en esos casos parece que es lo que menos se oye.

Esa mujer me tiene casi loco,
vivo pensando en ella a todo instante,
pero qué gano con tanto recordarla
si ni siquiera me responde al hablarle.

Mira, mujer, si llego a enloquecerme,
tienes la culpa por ser así conmigo;
aún queda tiempo, si quieres evitarlo,
y bien lo puedes dándome tu cariño.

Esa mujer se fue pero volvió
y de su amor casi estaba curado,
pero el regreso fue como recaída
y ahora me tiene peor de enamorado.

Mira, mujer, ya que te regresaste,
deja siquiera que te cuente mi pena;
tal vez con eso descanse esta congoja
y mi cariño por fin tú lo comprendas.

A esa mujer yo no sé qué le pasa,
si es que no entiende o no quiere entender
que cuando un hombre, un hombre se enamora
del mismo amor se puede enloquecer.

Mujer que llevas el nombre de las flores,
deja siquiera que te cuente mi pena;
tal vez con eso descanse esta congoja
y mi cariño por fin tú lo comprendas.

ROSITA, LA DE LAS CARTAS

Morro Caliente, Donde Luca, El Oratorio, La Puntica, son cuatro de las tiendas de la vereda a donde vine a parar por razones del corazón y la comida. Quicagota y San Cayetano se llama esa parte de Ráquira que da contra la laguna de Fúquene, y allí estoy establecido, por lo menos espiritualmente. Yo arrimo más al Oratorio, porque me queda cerca de la ranca y porque Grima y Arnulfo, sus dueños, son muy buenas papas.

Esa tienda es un caso. A veces es fama cuando Arnulfo mata alguna res; *piqueteadero*, si uno le encarga una gumarra a Gilma; consultorio, cuando va un "profesor" de Bogotá; iglesia en los bazares que organiza el cura; puesto electoral con mesa y todo en las elecciones; posada, cuando a alguien le coge la noche; también agencia del

bus, expendio de miel, fábrica de juncos, y casino a veces, especialmente para jalarle al naipe y al sapo. No sobra decir que sea lo que sea, siempre se vende pola (hasta en misa).

A mi ayudante de campo, cuando lo de la Florecita, le dio por frecuentar más la tienda de Arnulfo y sobre todo en horas de casino, porque el juego de cartas lo distraía y le mataba la pensadera. De cuando en cuando, si la cosa por dentro estaba grave, se corría sus frascos, pero por aquello de que la vida a veces quita y a veces da, fue en la tienda de Arnulfo, en la mesa de juego, donde Tiberito conoció y comenzó sus amores con Rosita, cuñada de Arnulfo, o sea hermana de Gilma, para más decir.

Ella había llegado al Oratorio a pasar unos días de sus vacaciones. Por ese entonces trabajaba en Bogotá donde un doctor que tenía una finca por ahí cerca. Como en el campo siempre hay algo que hacer, aunque sea amarrar un burro, a la pelada le dio por el oficio de la tienda, lo cual a los tenderos les daba tiempo de hacer otras cosas. Y una noche, atendiendo la mesa de los jugadores, ocurrió el suceso, motivo y tema de la canción.

Miraba desde el mostrador el ir y venir de cartas y botellas, cuando uno de los del tute, al verse restiado, resolvió irse a dormir, quedando su asiento, vecino al de Tiberio, desocupado. Por alguna vaina, Rosita terminó sentándose allí, muy junto a Tiberito -tal vez en chaques de hacer una cuenta- y ahí empezó la cosa, mucho más cuando ella cogió el cigarrillo que estaba fumando el angelito y se echó su copiada, lo que por allá es un acto de extremada confianza y casi de amor.

Desde el mismo momento de la sentada, Tiberio se mosqueó con su vecina. Aumentaba su temperatura a cada minuto y sentía que las venas eran como a reventársele, que la piel de su pierna, al roce con la de ella, se le tibiaba todita y que poco a poco se le convertía en una candelada que le pasaba por la cabeza y bajaba hasta la otra pierna, completando un círculo de fuego, que lo mantenía sitiado y en tal estado de alboroto que sólo le faltaba morir de la dicha.

Se terminaron las vacaciones, y Rosita para la ciudad otra vez; y el hombre a esperar un día que nunca llegó, cuando ella debería haber aparecido dispuesta a todo, según parece que le dijo. A Tiberio lo agarró desde esos días un dolor "que le corría del pecho a la espalda", del que vino a quedar lisiado y del que no ha logrado reponerse.

Cierta Flor fue la primera
y una Rosa la segunda;
de la Flor queda el recuerdo,
con la Rosa estoy en junta.

*Ay Rosita, rosa, rosa,
no me vayas a salir
como esa Flor tan hermosa
que tanto me hizo sufrir.*

*Ay Rosita, rosa, rosa,
Rosita la de las cartas,
nunca pensé en conocerte
por medio de una baraja.*

Rosita, si tú me quieres
como yo te quiero a ti,
espinas, si es que las tienes,
no te las quiero sentir.

tengo que volar
en mi camioncito
lo puedo intentar.

Julia, Julia, Julia
Julia la que un día
me'ntregó su amor
en Capellanía.

Si por verte, Julia,
tengo que volar
en mi camioncito
lo puedo intentar.

Julia, Julia, Julia,
Julia, donde llevo
a olvidar los viajes
y a gastar parejo.

Cuando tengo, Julia,
que otra vez partir,
quisiera llevarte
para no sufrir.

Julia, Julia, Julia Julia,
la que tiene
diecisiete años,
aunque no parece.

Si de pronto, Julia
te llegas a ir,
no tendré aliciente
para conducir.

LA CHINA QUE YO TENÍA

Para la Navidad del setenta y nueve la tienda de Gregorito, el abuelo de Julia, aún tenía piso de greda, mostrador de palo y como asientos unos bultos de papa. Lo que sí faltaba era su vitrola de manivela, porque tan pronto le instalaron la luz eléctrica, se compró una radiola que, preciso esa noche, sacó la mano, afortunadamente cuando la gente ya había empezado a marcharse, algunos como llegaron, otros pintones y la mayoría en cuatro patas.

El cuento de la fiesta se había regado desde días antes, y todos estábamos muy impacientes esperando la noche para ir a nivelarle el piso a Gregorito a punta de danza. Amigos y relacionados fuimos apareciendo poco a poco, hasta que el local no dio abasto y entonces se recurrió a los corredores, al patio, y quién sabe si hasta el monte (casi en todas las fiestas no falta una pareja que se equivoque de sitio y vaya a parar allá).

De muchachas sí estábamos como regularzón, de modo que tocaba asegurar las piezas con dos o tres turnos de anticipación, aunque después de medianoche terminamos bailando todos contra todos y haciéndole a la escoba, las penitencias, el tuntún, la cadena y otros jueguitos menos bailadores pero muy interesantes por aquello del cogecoge.

Entre los asistentes estaban la Julia y mi tocayo de Capellanía. Ella había llegado con sus hermanas y como a su casa, por ser la del abuelo. Él en su camión y siempre como mosquiado, porque como que nadie lo había convidado. Esa noche la notó un poco rara, pero empezó a entender la cosa y a entristecerse desde el mismo momento en que se enteró de su partida. Andaba en vísperas de viajar a Bogotá a descansar un poco del trajín del ordeño, que era su oficio cotidiano, y ni le quería decir para no amargarle el rato. Como ya había visto partir a muchas, supuso que la historia se iba a repetir, que la Julia se quedaría por allá y él, otra vez solo, apenas con la carretera, el camión y su retrato de telescopio.

Y ciertamente, la historia se repitió. A Julia, la ciudad le propuso un empleo en una "Fábrica de claveles", y lo aceptó porque seguramente le pareció mejor que estar todos los días despachando cerveza en la tienda de su mamá y ordeñando "esas pelonas vacas", de las que ni siquiera una merita era suya.

La china que yo tenía
se jue pa' la capital;
de nada valió quererla,
pues no quiso regresar.

Se jue a pasar unos días
dizque donde un jamiliar,
pero también a mi china
se la tragó la ciudá.

La vi por última vez
la noche de Navidá,
me dijo que el veintisiete
s'iba que pa' Bogotá.

Pensé yo pa' mis adentros
ésta no va a regresar;
así es lo que pasa siempre
con todas las que se van.

Dejó las vacas y el burro,
la vereda y el maizal;
dejó también mi cariño
por quedase en Bogotá.

M'imagino yo a mi china,
lo mucho quirá a cambiar,
porque también yo lo he visto
cuando vuelven por acá.

Se pintan de arriba 'bajo,
se ponen no sé qué más,
cambian desde el caminao
hasta la jorma de hablar.

M'imagino yo a mi china
preguntando que será

eso que llaman arepa,
mazamorra y rebancá.

EL CARRANGUERO

Cuando vivía más de siento en la vereda, con los vecinos casi nunca nos negábamos un favor; cada quien daba de lo que podía y sabía hacer. Yo, como la tienda de Gilma, fácilmente podía ser distintas cosas, dependiendo de la necesidad: ambulancia, veterinario, escribiente, transportador, consejero de amores, mandadero y otros cargos ocasionales.

Un tiritito muy frecuente era el de "Si me lleva un carranguito a Ubaté" (capital mundial de la carranguería). Para las gentes, perder completamente un animal que se les muere de alguna vaina no está dentro de sus posibilidades, así sepan que siempre se corre un riesgo. Por eso tiran a recuperar algo del calafre, y como taro-bién hay quienes los compran, porque es buen negocio, pues qué más; eso hasta uno.

Lo que narra este corrido merenguiado, ocurrió tal y conforme; inclusive los dos mil trescientos cuarenta pesos de la pérdida. Es una de las aventuras más desviroladas que me haya comido, y todo porque Faustino -el dueño del carrango del cuento- estaba en sacan-zas de papa, y si dejaba tirado el siembro por irse de carranguero, pues peligroso que no alcanzaba a llevarla al otro día, domingo, mercado en Guachetá; así que terminamos poniéndole el posible precio que por él dañan, más lo de los gastos. El cogió para el tajo, a seguir sacando sus papas, y yo para Ubaté, a vivir lo que aquí se dice y canta.

Señores voy a contarles,
tratando de ser sincero,
en las que yo me metí
por andar de carranguero.
Y no es que sea oficio malo,
porque yo he visto qu'es bueno,
lo que pasa es que hay que
ser avispao y no pendejo.

Fue un sábado en la mañana,
dos de diciembre por cierto,
cuando por aquellas vainas
de ser uno como atento
me encontré con Valeriano,
quien me salió con el cuento
que arrib'e Morro Caliente
dizque un toro se había muerto°

Y más por novelería
que saber de qué murió,
llegué al sitio en dos voliones
pa'ver siera cierto o no,
pregunté por el carrango
y un joven me respondió
que ya lo tenían colgao

pa'que no le diera el sol.

Como en otras ocasiones
ya había hecho yo el favor
de llevar otros carrangos
donde los pagan mejor,
Faustino, que era el dueño,
me plantió la situación
y quedamos en que al rato
volvería con el camión.

No recuerdo si fue él
o si de pronto fui yo
el que propuso el negocio
que por fin se realizó;
lo cierto fue qu'el señor
de su carrango salió
y a mí me tocó el encarte
del qu'el hombre se salvó.

Y pa' completar la cosa
y acabarla'e rematar,
lo negociamos a oscuras
sin ver el color fatal,
color que por el camino
de rojo pasó a morao
y un olorcito, señores,
como de perro mojao.

Algo yo ya presentía:
por eso no me fui solo;
llevé a Tiberio también
por aquello'el si de pronto,
y menos mal que fue así,
porque pude compartir
las peripecias de un viaje
que no vuelvo a repetir.

Llegamos con el carrango
en eso'e las diez y media
y dimos la vuelt'e plaza
buscando alguien pa' la venta.
Yo sí véia que las gentes
por las calles nos miraban,
lo cual me dio mala espina
y paré pa' ver la vaina.

Comprendí rápidamente
el porqué de las miradas
y les confieso, señores,
que a mí me dio como vaina,

lo que no me explico aún
es cómo sacó las patas
si las teníamos envueltas
en el cuero y en la carpa.

Nos fuimos buscando un cliente
hasta en los pueblos vecinos
y ya estábamos dispuestos
a tirarlo p'uel camino

y e'n eso de la una
regresamos nuevamente
al pueblo donde un carrango
dicen que nunca se pierde.

Nos paramos a la entrada
como esperando un milagro
hasta que por fin un loco
preguntó por el carrango,
lo miró como quien mira
una cosa sin querer,
y yo que me zaraciaba
pa' que se fuera con él.

Así se va terminando
la historia que comencé,
porque el loco se hizo cargo
y en verdá no sé por qué;
lo cierto fue que perdimos
mucho más de por mitá
pero había que realizarlo
a como diera lugar.

Y si aún quieren saber
de la pérdida completa,
exactamente que fueron
dos mil trescientos cuarenta,
se perdió pero nos queda
de un carrango la experiencia,
costosa como un verriondo,
pero al fin y al cabo buena.

Y si la canto yo aquí
es pa' que tengan en cuenta
que un carrango no se compra
sin antes mirar la fecha,
porque puede suceder,
como a mí me sucedió,
que por ser fin de semana
el carrango se perdió.